

A RAMIRO, QUE NUNCA HA SENTIDO LA NECESIDAD DE CONFESAR LOS PECADOS DE OMISIÓN

Querido Ramiro:

Me admira lo que me dices. Cuándo en la misa rezamos el “*Yo Confieso*” decimos: “*he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión*” Resulta que te has olvidado siempre del pecado de omisión en tu examen de conciencia. Me cuesta creerlo.

Por la importancia del tema, ¿no será oportuno plantear esta cuestión? Lo intentaremos.

1 – Qué es el pecado de omisión

La verdad es que una deficiente educación nos invita a la omisión con demasiada frecuencia: Se nos dice: “*no te metas donde no te llaman*”, “*nadie te ha dado vela en este entierro*”... Nos decimos a nosotros mismos: “*¡Cállate, que estás mejor callado*”, “*en boca cerrada no entran moscas!*”... Así nos acostumbramos a no hacer y a callar.

Sin embargo, la enseñanza evangélica es clara:

El pasaje del juicio final, Mt 25, 31-46, dice que irán al castigo todos aquellos que no ayudaron a los necesitados: “*Tuve hambre y no me diste de comer..., no me disteis de beber..., no me acogisteis..., no me vestisteis..., no me visitasteis*”.

En la parábola del samaritano, Lc 10, 29-37, vemos que tanto el sacerdote como el levita no reconocieron como prójimo al hombre herido en el camino.

Tampoco los habitantes de Jerusalén conocieron el mensaje de la paz y por eso no quedaría de la ciudad piedra sobre piedra, Lc 19, 41-44.

En la parábola de los talentos, Mt 25, 14-30, el amo castiga al siervo por devolverle el talento tal como se le dio. ¿Ha hecho algo malo? Sí, no le ha hecho producir. Por eso le castiga.

Todos estos textos nos denuncian del pecado de omisión.

2 – Causas del pecado de omisión

Preguntémonos ahora por algunas causas más frecuentes del pecado de omisión.

- Por pereza, por no salir del refugio de la seguridad en la que nos encontramos. : Ya nos advirtió Ovidio, el poeta romano y autor de *La metamorfosis*: “*No seas de esos gandules, de esos inútiles que dejan su surco en barbecho y que no sirven en este mundo más que para hacer bulto, estorbar y dar sombra*”.

- Por el miedo a diferenciarse y llamar la atención. Esta causa es muy frecuente. Es el miedo al qué dirán, el triste respeto humano que nos asusta y paraliza. ¡Cuántas buenas obras dejamos de hacer por no vencer esta tentación!

- Por egoísmo, por la resistencia que hacemos para no cambiar nuestros proyectos, por no perder nuestro tiempo o nuestro dinero..., en una palabra, por falta de amor.

- Por exceso de prudencia. También esta virtud, mal entendida, nos puede detener. Pero no debemos olvidar lo que dijo el cardenal Mercier: “*Cuando la prudencia manda en todas partes, los ánimos no se van por ningún sitio*”.

3 – Remedios contra el pecado de omisión

Conviene, querido Ramiro, que nos convenzamos cuanto antes de algunas cosas:

- El primer paso tiene que ser, precisamente, sensibilizar de tal modo la conciencia cristiana para que comprenda, en suma, la relación entre el sufrimiento «ajeno» y la propia culpa. En un diálogo del *Diario de un cura rural* de Bernanós, se dice: “*Nuestras faltas más ocultas, señora condesa, envenenan el aire que otros respiran*”. Y entre esas faltas también suman las de omisión.

- La situación de la sociedad actual está como está no solamente por el mal que hacen los malos sino también por el bien que dejan de hacer los buenos. Ya lo dijo Cuttaz: “*la audacia de los malos es el resultado de la cobardía de los buenos*”. Si el mundo no cambia porque nuestra fe es demasiado pequeña, nuestra esperanza demasiado débil, nuestro amor demasiado mezquino, habrá motivo para que seamos juzgados. Todos podemos comprobar, continuamente, cuántas ocasiones desperdiciamos y cuántas oportunidades dejamos pasar de hacer el bien.

- La filosofía dice que el mal no existe en sí. El mal es la ausencia del bien. En ese sentido, la omisión es el mal porque se omite, el bien que se podía haber hecho. La omisión indica la ausencia de amor. El pecado de omisión proviene de un pensamiento no acabado, de un pensamiento corto de vista, de un pensamiento egoísta. Un refrán oriental lo dice muy bien: “*El que no hace nada, hace algo malo*”.

- El ejemplo de Jesús, tal como escribe San Pablo a los Filipenses (2, 5-8), es admirable: “*Siendo de condición divina, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo... se rebajó a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz*”. Esto es complicarse la vida, es meterse en conflictos... sabiendo bien que “*quien se mete a profeta acaba crucificado*”. Y lo hizo.

Querido Ramiro: Te invito a que, en cada confesión, tengas en cuenta tus pecados de omisión. Nos jugamos mucho en ello, personal y socialmente.

Un abrazo y recuerda que estaré siempre a tu disposición

Florentino Gutiérrez. Sacerdote Salamanca, 3 de marzo de 2012